

Título: Plaza Pública/ Escritura y vida pública
Fuente: Reforma
Fecha: 26/07/1996
Folio: 37254
Medida: 7285

Plaza Pública / Escritura y vida pública

Miguel Angel Granados Chapa

Especialmente en Francia, pero también en otros países europeos, y en Estados Unidos, la cultura política prevaleciente incluye la expresión pública, literaria en casos afortunados, de los hechos y la razones de sus gobernantes, y de los hombres de la política en general.

Es de suponerse que en la medida en que la sociedad se libere de los silencios que la han postrado, y establezca diálogo con el poder, sus ejerceedores experimentarán la necesidad y la pertinencia de recordar sus vidas y escribirlas.

Al borde de la tumba, y apenas concluidos sus largos catorce años al frente de la república francesa, Francois Mitterrand hizo por escrito el balance de su vida. Tarea postrera, acometida cuando el cáncer terminaba su labor corrosiva, su resultado fue póstumo. Por eso el libro correspondiente se llama Memorias interrumpidas. Fue hecha, como otras obras de Mitterrand, ante el estímulo de un interlocutor. Se trata ahora de George-Marc Benamou, como antes lo fue Guy Claisse y más reciente y fructuosamente, Eli Wiesel. Con ese método Mitterrand mitigó la soledad del autor sin rehuir la responsabilidad de explicarse a sí mismo.

Especialmente en Francia, pero también en otros países europeos, y en Estados Unidos, la cultura política prevaleciente incluye la expresión pública, literaria en casos afortunados, de los hechos y la razones de sus gobernantes, y de los hombres de la política en general. Se trata de una causa y un efecto, simultáneamente, de la sociedad abierta, de sistema políticos en que la rendición de cuentas y el escrutinio social son elementos insoslayables. No sólo en la función pública, en los espacios formalmente dedicados a la exposición de las políticas y las actitudes, la gente en el poder y la que camina en pos del poder, o lo ha ejercido abren su cabeza y su corazón al público, mediante la prensa y los instrumentos audiovisuales de la comunicación, o mediante el libro. Por eso abundan, y suelen tener éxito editorial, los testimonios y las autobiografías, como estas Memorias de Mitterrand que están comenzando a circular en México.

Entre nosotros, también como causa y efecto de nuestro sistema político, los que mandan y los que aspiran a hacerlo, o ya lo hicieron, tienden más bien al silencio. Como no ha sido posible pedirles cuentas, institucionalmente no se sienten inclinados, en general, a hablar de sí mismos. Cuando lo hacen, sucumben a la parquedad, en el mejor de los casos; al disimulo o de plano de autorregodeo, a la construcción de su propio monumento. Tal indulgencia hacia sí mismo es de esperarse en todo autor que se adentra en su persona, en su historia, pero siempre es agradable una dosis de autocritica. Tal vez quienes la aluden, con plena conciencia, lo hacen para no provocar adhesiones.

Pocos presidentes mexicanos escribieron en general; y menos aún lo hicieron sobre sí mismos. Juárez trató unos Apuntes para mis hijos, con fines didácticos. De él mismo, y de su paisano

Porfirio Díaz se puede construir un perfil biográfico con base en su abundante correspondencia, que obviamente no fue escrita con propósitos historiográficos.

Obregón narró sus Ocho mil kilómetros en campaña, es decir, sus memorias de guerra, pero causas ajenas a su voluntad le impidieron verse a sí mismo como jefe de Estado. Portes Gil produjo prosa profusa, con información abundante que siempre debe tomarse con un grano de sal, pues el protagonismo del primer minipresidente del Maximato llegó al extremo grotesco de escribir una ¡Autobiografía de la Revolución Mexicana!

Desde muchacho Lázaro Cárdenas confió sus sensaciones a un cuaderno. El resultado fue un voluminoso atado de apuntes, cuya publicación requirió varios tomos. La abundancia de anotaciones, y su escueto carácter, sólo permiten cosechar escaso fruto de entre la maleza. Los periódicos llamaron "La Esfinge de Jiquilpan" a don Lázaro y en sus apuntes se aprecia que tuvieron razón, pues sus respuestas a las interrogaciones sobre los momentos importantes de su vida son lacónicas y críticas, susceptibles de interpretación, cuyo exceso lleva a imaginar lo que Cárdenas quiso decir cuando callaba.

Miguel Alemán, al fin y al cabo miembro de la Academia Mexicana, aunque a la hora de su ingreso no hubiera firmado ni una página, escribió después dos libros autobiográficos, uno general y el otro destinado a explicar su política petrolera, puesta en entredicho cuando Reyes Heróles en 1967, desde Pemex, practicó lo que se ha llamado la segunda expropiación. Se trata de obras pulcramente escritas, en que si bien puede apreciarse una sequedad carente de vuelo espiritual, y un tono a menudo pariente de informe oficial, contribuyen validamente a la biografía del poder.

Mis tiempos, las memorias de López Portillo, fueron escritas en dos momentos. Al paso de los días en que ejerció la Presidencia, a veces con interrupciones que el psicoanálisis puede explicar, López Portillo hizo rápidas notas, a veces con rasgos coloquiales inesperados en quien se reputa a sí mismo como un creador intelectual.

Luego, ex post facto, ubicó, amplió y a veces corrigió sus trazos originales, si bien se publican, tipográficamente distinguidas, ambas versiones. Con esa estructura textual, el aliento filosófico esperable del autor de Quetzalcóatl y aun de Don Q, se ve lastrado por su interés en asuntos menudos de cada día, y aun por el chismerío palaciego.

Quizá porque no haber alcanzado el poder, o tenerlo en rango menor que el presidencial favoreció su libertad, las memorias de otros políticos son más sugerentes, su lectura es más útil y amena. Pienso, sobre todo, en la extensa autobiografía de Vasconcelos, cuya apasionada prosa presenta al hombre y al poder con rasgos épicos, no sólo porque la vehemencia del protagonista lo explica, sino porque la circunstancia lo exigía. En tono menor, pero con mejor calidad literaria que la del Maestro de América, su secretario particular en la SEP, Jaime Torres Bodet, hizo su retrato personal y profesional igualmente con dimensión de varios tomos. Escritor verdadero, su estilo mejora y eleva su a veces asordinada participación en los asuntos del Estado.

Con esos ejemplos basta, pues sería vana la pretensión de ofrecer aquí un catálogo exhaustivo de las memorias políticas, a pesar de que como queda dicho más faltan que sobran. Es de suponerse que en la medida en que la sociedad se libere de los silencios que la han postrado, y establezca diálogo con el poder, sus ejerceedores experimentarán la necesidad y la pertinencia de recordar sus vidas y escribirlas. Se ha hablado de unas memorias de Díaz Ordaz, cuya existencia no está verificada, pero cuya publicación al menos no ha ocurrido. Ese silencio es simbólico de una etapa en que el régimen patrimonialista y feudal, que consideraba propia y exclusiva la experiencia política, cederá su espacio a la que estima imprescindible compartirla, socializarla.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Escritura y vida pública

Especialmente en Francia, pero también en otros países europeos, y en Estados Unidos, la cultura política prevaleciente incluye la expresión pública, literaria en casos afortunados, de los hechos y la razones de sus gobernantes, y de los hombres de la política en general.



AL BORDE DE LA TUMBA, Y APENAS CONCLUIDOS sus largos catorce años al frente de la República Francesa, Francois Mitterrand hizo por escrito el balance de su vida. Tarea postrema, acometida cuando el cáncer terminaba su labor corrosiva, su resultado fue póstumo. Por eso el libro correspondiente se llama *Memorias interrumpidas*. Fue hecha, como otras obras de Mitterrand, ante el estímulo de un interlocutor. Se trata ahora de Georges-Marc Benamou, como antes lo fue Guy Claisse y más reciente y fructuosamente, Eli Wiesel. Con ese método Mitterrand mitigó la soledad del autor sin rehuir la responsabilidad de explicarse a sí mismo.

Especialmente en Francia, pero también en otros países europeos, y en Estados Unidos, la cultura política prevaleciente incluye la expresión pública, literaria en casos afortunados, de los hechos y la razones de sus gobernantes, y de los hombres de la política en general. Se trata de una causa y un efecto, simultáneamente, de la sociedad abierta, de sistema políticos en que la rendición de cuentas y el escrutinio social son elementos insoslayables. No sólo en la función pública, en los espacios formalmente dedicados a la exposición de las políticas y las actitudes, la gente en el poder y la que camina en pos del poder, o lo ha ejercido abren su cabeza y su corazón al público, mediante la prensa y los instrumentos audiovisuales de la comunicación, o mediante el libro. Por eso abundan, y suelen tener éxito editorial, los testimonios y las autobiografías, como estas *Memorias* de Mitterrand que están comenzando a circular en México.

Entre nosotros, también como causa y efecto de nuestro sistema político, los que mandan y los que aspiran a hacerlo, o ya lo hicieron, tienden más bien al silencio. Como no ha sido posible pedirles cuentas, institucionalmente no se sienten inclinados, en general, a hablar de sí mismos. Cuando lo hacen, sucumben a la parquedad, en el mejor de los casos; al disimulo o de plano de autorregodeo, a la construcción de su propio monumento. Tal indulgencia hacia sí mismo es de esperarse en todo autor que se adentra en su persona, en su historia, pero

siempre es agradable una dosis de autocritica. Tal vez quienes la eluden, con plena conciencia, lo hacen para no provocar adhesiones.

Pocos presidentes mexicanos escribieron en general; y menos aún lo hicieron sobre sí mismos. Juárez trató unos *Apuntes para mis hijos*, con fines didácticos. De él mismo, y de su paisano Porfirio Díaz se puede construir un perfil biográfico con base en su abundante correspondencia, que obviamente no fue escrita con propósitos historiográficos. Obregón narró sus *Ocho mil kilómetros en campaña*, es decir, sus memorias de guerra, pero causas ajenas a su voluntad le impidieron verse a sí mismo como jefe de Estado. Portes Gil produjo prosa profusa, con información abundante que siempre debe tomarse con un grano de sal, pues el protagonismo del primer minipresidente del Maximato llegó al extremo grotesco de escribir una *Autobiografía de la Revolución Mexicana*!

Desde muchacho Lázaro Cárdenas confió sus sensaciones a un cuaderno. El resultado fue un voluminoso atado de apuntes, cuya publicación requirió varios tomos. La abundancia de anotaciones, y su escueto carácter, sólo permiten cosechar escaso fruto de entre la maleza. Los periódicos llamaron "La Esfinge de Jiquilpan" a don Lázaro y en sus apuntes se aprecia que tuvieron razón, pues sus respuestas a las interrogaciones sobre los momentos importantes de su vida son lacónicas y críticas, susceptibles de interpretación, cuyo exceso lleva a imaginar lo que

Cárdenas quiso decir cuando callaba.

Miguel Alemán, al fin y al cabo miembro de la Academia Mexicana, aunque a la hora de su ingreso no hubiera firmado ni una página, escribió después dos libros autobiográficos, uno general y el otro destinado a explicar su política petrolera, puesta en entredicho cuando Reyes Heróles en 1967, desde Pemex, practicó lo que se ha llamado la segunda expropiación. Se trata de obras pulcramente escritas, en que si bien puede apreciarse una sequedad carente de vuelo espiritual, y un tono a menudo pariente del informe oficial, contribuyen validamente a la biografía del poder.

Mis tiempos, las memorias de López Portillo, fueron escritas en dos momentos. Al paso de los días en que ejerció la Presidencia, a veces con interrupciones que el psicoanálisis puede explicar, López Portillo hizo rápidas notas, a veces con rasgos coloquiales inesperados en quien se reputa a sí mismo como un creador, un intelectual. Luego, *ex post facto*, ubicó, amplió y a veces corrigió sus trazos originales, si bien se publican, tipográficamente distinguidas, ambas versiones. Con esa estructura textual, el aliento filosófico esperable del autor de *Quetzalcóatl* y aun de *Don Q*, se ve lastrado por su interés en asuntos menudos de cada día, y aun por el chismerío palaciego.

Quizá porque no haber alcanzado el poder, o tenerlo en rango menor que el presidencial favoreció su libertad, las memorias de otros políticos son más sugerentes, su lectura es más útil y amena. Pienso, sobre todo, en la extensa autobiografía de Vasconcelos, cuya apasionada prosa presenta al hombre y al poder con rasgos épicos, no sólo porque la vehemencia del protagonista lo explica, sino porque la circunstancia lo exigía. En tono menor, pero con mejor calidad literaria que la del Maestro de América, su secretario particular en la SEP, Jaime Torres Bodet, hizo su retrato personal y profesional igualmente con dimensión de varios tomos. Escritor verdadero, su estilo mejora y eleva su a veces asordina participación en los asuntos del Estado.

Con esos ejemplos basta, pues sería vana la pretensión de ofrecer aquí un catálogo exhaustivo de las memorias políticas, a pesar de que como queda dicho más faltan que sobran. Es de suponerse que en la medida en que la sociedad se libere de los silencios que la han postrado, y establezca diálogo con el poder, sus ejerceradores experimentarán la necesidad y la pertinencia de recordar sus vidas y escribirlas. Se ha hablado de unas memorias de Díaz Ordaz, cuya existencia no está verificada, pero cuya publicación al menos no ha ocurrido. Ese silencio es simbólico de una etapa en que el régimen patrimonialista y feudal, que consideraba propia y exclusiva la experiencia política, cederá su espacio a la que estima imprescindible compartirla, socializarla.

Es de suponerse que en la medida en que la sociedad se libere de los silencios que la han postrado, y establezca diálogo con el poder, sus ejerceradores experimentarán la necesidad y la pertinencia de recordar sus vidas y escribirlas.